EL CAMINO HACIA LA *GNOSIS*

Jalones para un entendimiento de Ernesto Sábato

et cognoscetis veritatem,
et veritas liberabit vos.
Secundum Joannem 8:32

Eran más de una docena los profesores de esa universidad centroeuropea, presididos por su decano de edad y poderes, que habían acogido al gran escritor «progresista» argentino Ernesto Sábato en una mañana de primavera de los años sesenta. Llevaban escritas las preguntas a plantear, corteses y bien dentro de la línea ideológica establecida —ya habían sido vistas y aprobadas por el camarada decano—, pero las respuestas del maestro Sábato cayeron como golpes de mortero. El decano no lo quería creer, pero el celebrado autor hablaba de «los grandes abismos sin fondo del alma humana» que él intentaba expresarlos en sus libros, de un «universo subterráneo» o de «la novela como poema metafísico». Luego alcanzó preguntar, en palabras claras que parecían bayonetas por aquellos lares, sobre la situación de la literatura local, ya que para él «el ansia de absoluto, la angustia ante la muerte, la voluntad de poder o el impulso a la rebelión» eran «explicables» en los habitantes de un país «no importe cuál fuere su sistema social y político».

Volví a encontrar al controversado escritor en el otoño austral de 1969, y como amigos él se ofreció a ser mi guía en mi exilio por Buenos Aires. Durante una de nuestras vueltas en su pequeño Fiat por los barrios porteños hemos parado para tomar un cortado en un café de la Recoleta y seguir nuestras pláticas sobre las artes y las ideas. Acercóse en eso un reportero que quería saber las opiniones de don Ernesto Sábato sobre ciertas cuestiones que agitaban la intelectualidad bonaerense. «¿La crisis del arte? No, señor; usted plantea el problema al revés, y ya lo he dicho en mi libro *El escritor y sus fantasmas* (1): se toma por un arte en crisis lo que en rigor es

(1) Buenos Aires, Aguilar, 1964, 2.ª edición. A este libro nos referiremos en lo sucesivo con las iniciales EF. Para otros dos de sus libros de ensayo las abreviaciones serán: HE —*Hombres y engranajes*— y H —*Heterodoxia*—, publicados en un volumen en Madrid. Alianza Emecé, 1973.

el arte de crisis», e infirió «la falacia del realismo radica en la idea de que lo real es cuantificable, mientras lo demás es una ilusión de nuestros sentidos». Luego prosiguió con diatribas contra el racionalismo, la tecnocracia, el freudianismo, así como los campos de concentración soviéticos, el estado totalitario, las dictaduras militares, el colonialismo, el racismo en Norteamérica, el poder del mal en el mundo y cosas por todos los estilos. Rodaban los ojos del joven, siguiendo casi su giróscopo mental que estaba a punto de volcarse. Nunca he sabido si jamás se haya publicado esa entrevista, pero desde aquel entonces comprendí que uno tenía que adentrarse en la heresiología personal de Sábato para entenderlo bien a este pensador único en las Américas. Además resultaba evidente que el autor de la entonces muy aclamada novela *Sobre héroes y tumbas* (2) daba todavía mucha guerra al entendimiento general, porque hasta entre sus amigos se le apodaba de «protestón». Clima de bastante incomprensión y muchos recelos en diferentes meridianos fue lo que encontré durante los recordados momentos en que he mirado al mundo desde la trinchera de don Ernesto Sábato.

Ahora bien, para un ensayista y novelista tan consecuente en su actitud y tan lúcido en sus ideas como Ernesto Sábato, la raíz de su desmesura protestataria y la razón de su aparente sinrazón han de yacer muy adentro de su alma y, por lo tanto, un más atento y extenso análisis de su obra —que, reconocemos, puede parecer un verdadero *corpus hermeticum*— es imperativo. Igualmente se impone estudiar la interrelación vida y obras o bien el reflejo de sus vivencias en la plasmación de sus ideas. El autor mismo nos ofrece, en un segmento de su tremendo libro *Abaddón, el exterminador* (3), titulado «Reportaje», una clave para el entendimiento de su compleja personalidad:

—¿Quién es Ernesto Sábato?

—Mis libros han sido un intento de responder a esa pregunta. Yo no quiero obligarlo a leerlos, pero si quiere conocer la respuesta, tendrá que hacerlo.

Esto viene a confirmar que la detección de lo que hay de conflictual y problemático en el complejo de ideas de un creador se puede efectuar sólo si se emprende un minucioso desandar de su itinerario biográfico, tal como él mismo lo expone en sus escritos. Cosa bien arriesgada cuando se trata de las obras e ideas sabatianas que re-

---

(2) En *Obras de ficción*, Buenos Aires, Losada, 1966, abreviado en lo sucesivo SHT.
(3) Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977, 7.ª edición; título abreviado: A.

sultan estrafalarias o inaceptables para unos, a no ser que desorienten o hasta pongan biliosos a algunos «estudiosos» (4).

La crítica, desde distintos ángulos, viene señalando ciertas reiteraciones de ideas en los escritos de Ernesto Sábato, o bien variaciones sobre una preocupación, un tema. Lo cierto es que el escritor lo declara serenamente, en multitud de ocasiones, y aquí espigamos ésta:

> ... Siempre me preocupó el problema del mal, cuando desde chico me ponía al lado de un hormiguero armado de un martillo y empezaba a matar bichos sin ton ni son. El pánico se apoderaba de las sobrevivientes, que corrían en cualquier sentido. Luego echaba agua con una manguera: inundación. Ya me imaginaba las escenas dentro, las obras de emergencia, las corridas, las órdenes y contraórdenes para salvar depósitos de alimentos, huevos, seguridad de reinas, etc. Finalmente, con una pala removía todo, abría grandes boquetes, buscaba las cuevas y destruía frenéticamente: catástrofe general. Después me ponía a cavilar sobre el sentido general de la existencia, y a pensar sobre nuestras propias inundaciones y terremotos. Así fuí elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio (SHT, 437).

Si el escritor tuvo, en su infancia, la maqueta de la sociedad humana y operó como un dios sobre su destino, este fragmento nos ofrece, en máxima condensación, las preocupaciones y obsesiones metafísicas que forman el núcleo de sus ensayos y novelas. Otra aclaración de Sábato podrá servirnos de segunda clave:

> Las obsesiones tienen sus raíces en zonas profundas del yo, y cuanto más profundas menos numerosas. La más profunda pienso que es única y todopoderosa: es la que reaparece a lo largo de todas las obras de un creador verdadero, que siempre escribe sobre *un solo tema* (EF, 182).

La reflexión del escritor Sábato, su actitud ética con respecto al contenido de su obra dual —que él mismo califica: «ensayo y novela: lo diurno y lo nocturno» (H, 162)—, sus juicios de valor ¿giran alrededor del destino, del mal que impera, de un panteón propio...? Consideramos que resultaría oportuno buscar, en vista de la decla-

---

(4) Cierto señor de la Pacific Lutheran University, James R. Predmore, en un artículo publicado en la revista local, titulado *Abaddón, el exterminador: Literary Failure and Sábato's Catharsis*, propone a raíz de que esta novela no se puede insertar en el «boom» literario latinoamericano— poner el herético libro en una lista de obras rechazadas y aduce: «In *Abaddón*, there is no experience to participate in, imaginatively or otherwise. We are forced to either accept it or reject it. Given the reasons cited throughout this article, I think we must reject it.»

ración suya sobre *un solo tema,* cuál es el *motivo central* (lo que llamamos en lenguaje comparativista *Kernmotiv),* es decir, la idea abstracta que domina e individualiza la creación sabatiana. Tal motivo central sería, en fondo, la fuerza cardinal que ha empujdo al escritor a plasmar en palabras su proceso mental, a liberarse; todo lo demás, o sea lo factual *(Stoff),* la concatenación de hechos e ideas, no formaría más que el material literario de sus escritos. De nuevo el autor nos señala otra clave: «Escribir al menos para eternizar algo: un amor, un acto de heroísmo, ... un éxtasis. Acceder a lo absoluto» (A, 15).

La *eternidad* y lo *absoluto,* he aquí un binomio que atormenta exclusivamente a todo gran novelista auténtico.

Veamos el primer factor de ese motivo binomial, ya que Sábato nos asegura que «Una de las raíces metafísicas de la obra de arte es la necesidad que el hombre tiene de eternizar» (H, 177). Coincide en sus disquisiciones con Sartre (5) en que la eternidad es cosa diferente de la inmortalidad: «la eternidad es un presente: el tiempo no existe. ... la inmortalidad, por el contrario, es el paso del tiempo, la conversión del anhelado futuro en pasado...», pero difiere del concepto sartriano de que cualquier evento banal fuera un absoluto. Para Sábato «En el éxtasis amoroso o religioso el hombre se coloca fuera del tiempo, convierte el instante en absoluto. En ese momento teopático entra en contacto con la eternidad» (EF, 177; H, 176-177).

Eternidad-absoluto, un binomio filosófico que requiere una larga y espinosa búsqueda, madurante, generadora de actos creadores. Deducimos sin ambages que su novelística se engendró durante este incesante buscar, a base de una concepción filosófica personal, cada vez más expresa, siempre lúcida y coherente (6). Sábato recalca que «ocurre que en muchas grandes novelas no sólo estemos en presencia de una filosofía implícita en su carácter y atmósfera general (como en el caso de Kafka), en los actos y sentimientos de sus personajes (como en el caso de Faulkner), sino que incluso puede haber en sus páginas auténticas, prolongadas y rigurosas discusiones de ideas que no podemos llamar sino filosóficas...» (EF, 265).

---

(5) En *La responsabilité de l'écrivain.* Conferencia de Jean Paul Sartre, presentada en la Sorbona, París, con motivo de la primera asamblea general de la UNESCO, (1 de noviembre de 1946); publicada en *Les conférences de l'UNESCO,* Editions de la Revue Fontaine, París, 1947, pp. 57-73.

(6) Aunque en *Abaddón* afirma que no debe su posición filosófica a ningún maestro: «... como no tengo profesores a quienes dejar mal, soy un completo irresponsable» (p. 378), reconoce la influencia mayor de Pedro Henríquez Ureña (en una admirable presentación que le hace en *Apologías y rechazos)* y del gran filósofo Alejandro Korn, por sus enseñanzas antipositivistas.

Al cabo de tres décadas de intensa actividad literaria, aparece una larga novela en que convergen todas las ideas y temas filosóficos que Ernesto Sábato ha venido incluyendo en sus previos escritos: *Abaddón, el exterminador.* En este ápice de su creación las realidades del mundo de hoy y los infinitos de la mente o del alma humanas están constantemente sujetos a la perpetua indagación de absoluto y eternidad, la gran búsqueda del conocimiento de éstos:

> Una novela sobre esa búsqueda del absoluto, esa locura de adolescentes pero también de hombres que no quieren o no pueden dejar de serlo.

Y aunque ciertos juicios críticos no lograron desenmarañarse en la heterogeneidad de elementos que integran este libro, el inmenso barullo y la chismografía porteñas que invaden sus diálogos o los entrecruzamientos de paradojales destinos, Sábato hace un aforo de lo que es una verdadera novela y la relación que hay entre lo factual (Stoff) y el tema o motivo (Kernmotiv), apreciación que nos podrá servir como subclave de la motivación filosófica de su creación:

> Además, una novela profunda no puede ser metafísica, pues debajo de los problemas familiares, económicos, sociales y políticos en que los hombres se debaten están siempre los problemas últimos de la existencia: la angustia, el deseo de poder, la perplejidad y el temor ante la muerte, el anhelo de absoluto y de eternidad, la rebeldía ante el absurdo de la existencia (EF, 264).

Pero Sábato alcanzó en esta novela de título apocalíptico la fase suprema de una encuesta mística, comenzada tímidamente en sus narraciones anteriores, que hace de esta obra un libro único en las letras hispanoamericanas. Se trata de una visión de la realidad que refleja los cánones de aquella antiquísima y olvidada enseñanza que solía llamarse *gnosticismo.* Cómo ha llegado a esto y cuáles son los elementos que se revelan serán materia de este ensayo que trataremos de exponer dentro de los límites de espacio.

I

Comienza la odisea intelectual de Ernesto Sábato con un período apasionado y doctrinal que representa sus años universitarios. Corresponde esto a su interés por la actividad política y culmina en su desempeño como alto miembro de la Federación Juvenil Comunista, para acabar bruscamente por una «salida de emergencia» cuando es-

taba camino a Moscú. Confiesa: «...huí del movimiento stalinista en 1935, en Bruselas, sin dinero, sin documentos» (A, 281).

De este período le quedaría para siempre la desilusión romántica, alimentada por su permanente clarividencia desesperada en cuanto a la revolución: «Claro, cómo no admirar a Guevara. Pero sorda y tristemente algo le murmuraba que en 1917 la revolución rusa también ha sido romántica, grandes poetas la habían cantado. Porque toda revolución, por pura que sea, y sobre todo si lo es, está destinada a convertirse en una sucia y policial burocracia, mientras los mejores espíritus concluyen en las mazmorras o en los manicomios» (A, 204).

Es muy posible que Sábato conociera las intolerantes críticas de los comunistas que, motivados o no, nunca aguantan a los que les desenmascaran:

—...¿Te das cuenta de que soy un reaccionario? Al menos lo que ustedes los marxistas piensan de mí.

—No todos los marxistas.

—Caramba, menos mal. Basta que diga mito o metafísica para que en seguida me acusen de recibir dinero de la embajada norteamericana (A, 210).

Parte del proceso intelectual de aspiración ascendente y búsqueda, de esta época le permanece su bien definida conciencia social, la crítica áspera pero siempre fundamentalmente argumentada del marxismo como actitud y enfoque, y, lo más importante, una gran nostalgia por el anarquismo (7). Sigue sintiéndose «un anarquista aristocrático o reaccionario que odiaba esta civilización, una civilización que inventa la aspirina, "porque ni siquiera es capaz de soportar un dolor de cabeza"» (A, 273).

Pasada esta etapa de interés *somático* —para usar el término filosófico que mejor se aplicaría a la visión sabatiana— quedan resultados espirituales que se aunarán a la suma de sus reflexiones vitales, entre éstas la que recalca en su último libro de ensayos, *Apologías y rechazos* (8), de que el hombre deberá seguir luchando para «que supere esas antítesis en que hasta hoy nos debatimos: o un indivi-

---

(7) Ya en SHT haba presentado la figura luminosa del anarquista español Iglesias, víctima de la conspiración de los Ciegos. En A evoca, dentro de una conversación con un obrero analfabeto, la imagen de *Luvi*, un anarquista europeo que enseñaba la doctrina a los trabajadores argentinos del campo a comienzos de este siglo. Más sobre este tema en el ensayo «The Anarchism of Two River Plate Writers: Horacio Quiroga and Ernesto Sábato», presentado por Paul Teodorescu en el Primer Simpósium Internacional sobre el anarquismo (17 a 24 de febrero de 1980, Portland, Oregón) publicado en las Actas del Simpósium. Véase también: Paul G. Teodorescu: «El camino de la ideología sociopolítica de Horacio Quiroga», en *Ideologies and Literature*, vol. 3, núm. 12, March-May 1980, pp. 16-74.

(8) Barcelona, Seix Barral, 1980, 2.ª edición, abreviación: AR.

dualismo que ignora a la sociedad o un comunismo que ignora al hombre». Ya en su primer libro de ensayos, *Uno y el universo* (9) declaraba: «El socialismo, tal como ha sido expresado por sus teóricos... es un movimiento profundamente moral, destinado a enaltecer el hombre y a levantarlo del barro físico y espiritual en que ha estado sumido en todo el tiempo de su esclavitud. Es, quizá, la interpretación laica del cristianismo» (UU, 69).

En su segunda etapa de vida intelectual, caracterizada por un nuevo enfoque cualitativo en el pensamiento abstracto, Sábato persiguió su búsqueda en zonas cristalinas y frías de las ciencias exactas y las matemáticas, que él llamaría *la luz.* Buscando el orden en el tumulto y la calma y la serenidad del espíritu puro en el alboroto de la sociedad circundante, continuó su ascenso hacia lo absoluto, hacia el conocimiento de un universo perfecto. Alcanzó Sábato las cimas de la física (un doctorado en 1937) y adhirió a la lógica matemática que parece que siempre lo había apasionado (10).

El «vicioso» Sócrates y Platón soñaban con este «universo impecable» de la razón y la geometría. Y Sábato admite:

> También él había intentado ese ascenso. Cada vez que había sentido el dolor, porque esa torre era invulnerable; cada vez que la basura ya era insoportable, porque esa torre era límpida; cada vez que la fugacidad del tiempo lo atormentaba, porque en aquel recinto reinaba la eternidad.
>
> Encerrarse en la torre (A, 405).

Asciende a este universo incorruptible y sereno, al «topo uranos, el hermoso refugio», a «la suma perfección que sólo era dable escalar con los transparentes pero rígidos teoremas» (A, 405) y vuelve a París, enviado para hacer trabajos de investigación en el famoso laboratorio Curie. Pero ahí, en la cúspide de una segura y exitosa carrera, en ese universo platónico donde quería encontrar un orden que no tenía dentro, olvidar la precariedad de su cuerpo y la turbiedad de sus pasiones, reaparecen esos «demonios» de los «antros» de su ser. Bajo el peso específico de su personalidad inquisitiva retorna su crisis existencial y emerge su interés por el destino del mundo. Le atrae, sobre todo, el *surrealismo* que «se proponía abrir

---

(9) Edición definitiva, Barcelona, Seix Barral, 1981, abreviación: UU.

(10) En EF, pp. 9-10, afirma: «Desde que recuerdo, mi vocación fue artística: la pintura y la ficción. Sin embargo, en dos momentos cruciales de mi vida corrí hacia las matemáticas... Todavía ahora recuerdo el éxtasis que experimenté en la primera demostración de un teorema: todo el orden, toda la pureza, todo el rigor que faltaba en el mundo de adolescente, y que desesperadamente anhelaba, se me revelaba en ese orbe transparente de las formas geométricas.»

las compuertas del mundo secreto, del territorio prohibido» (A, 340); pasó, como Pascal, del esencialismo matemático al existencialismo:

> Pero cuando comencé mis tareas con Irène Joliot comprendí de pronto que todo eso no era más que una complicadísima evasión, y en el fondo una cobarde salida a mis auténticos problemas interiores. Empecé a vincularme con los surrealistas, particularmente con Oscar Domínguez, y de este modo creo que se inició la etapa final (y más auténtica) de mi existencia. Supe entonces que mi paso por la ciencia había terminado para siempre (EF, 11).

Inició una vuelta enconada y decisiva, ya que esa falta de armonía entre sus «antros» y el ejercicio diario de «claridad científica» vino transformándose en conflicto, y concordamos con Angela Dellepiane (11) cuando nos asegura que el viraje total, el abandono de las ciencias físico-matemáticas, se efectuó años más tarde, en 1943, durante «una semana que Sábato pasó en el Observatorio de Bosque Alegre en plena serranía cordobesa», tras una polémica que él sostuvo con el director de dicho observatorio, profesor Gaviola, y el famoso físico Back. Coexistió en él, durante todos esos años, aquella dualidad a que alude al describir la personalidad de Leonardo da Vinci: «como científico, se servía de la luminosa razón; como artista, exploraba un universo que únicamente puede indagarse con la intuición poética, oscuro e inexplicable» (AR, 10).

Aun así, un buen físico siempre ha tenido una posición filosófica —buena o mala— y se equivocaba cuando «creía no hacer especulaciones filosóficas cuando medía un tiempo con un reloj; no obstante, se basaba en una hipótesis metafísica —el tiempo absoluto— que invalidaba todos sus resultados experimentales. Ignoraba que un reloj puede ser más peligroso que un tratado de metafísica» (UU, 122).

Ahora bien, el pensador Ernesto Sábato, científico y poeta, observaba por su telescopio, allá en la serranía, un universo que comenzaba a diferir del de los cálculos incorruptibles y esto, con toda seguridad, le habrá presentado un empalme en su itinerario espiritual. El maravilloso mundo celeste, medroso para el que embiste con los límites del conocimiento, presenta a la vez el mejor polígono de experimentos cerebrales inauditos y cambios radicales de visiones del mundo. El primer conflicto que surge ante los ojos atónitos de un astrónomo que investiga el infinito del cielo proviene del paralelo entre la teoría y

---

(11) Dellepiane, Angela B.: *Sábato: Un análisis de su narrativa*, Buenos Aires, Nova, 1970, p. 27.

la observación, la discordancia entre el mundo teórico, un mundo modelo, y, por otro lado, el mundo real. Sábato recuerda:

> Las novae de su época del observatorio le volvieron a la mente, esas inexplicables explosiones siderales. Tenía su idea, la idea de un astrofísico enloquecido por las herejías (A, 404).

Las parejas científicas entre la teoría y la observación, aunque siempre cuantitativas, obligan a los científicos honestos a abandonar los antiguos paradigmas y a cambiar de modelos. Un semejante cambio de modelos, inclusive cuando parezca una locura para los contemporáneos inadvertidos, es, en fondo, el avance de la Ciencia. Copérnico abandonó el paradigma «la Tierra está en el centro del Universo» y creó un nuevo modelo de universo; tal cambio radical fue una verdadera revolución científica. Sábato descubre que:

> En la ciencia hay un elemento eterno y otro mortal: el primero es el método, que consiste en observación cuidadosa y razonamiento impecable; la parte mortal es, en cambio, el conocimiento mismo. La teoría de Tolomeo fue superada por la de Copérnico, ésta por la de Einstein y la de Einstein ha de ser superada por otra más compleja. El desarrollo *del pensamiento* se hace a menudo a través de estas negociaciones dialécticas. Esta mortalidad del conocimiento es lo que hace tan cautelosos a los hombres de ciencia, que nunca son dogmáticos cuando son auténticos (UU, 44).

Para Ernesto Sábato, que no admite (tal como hemos visto anteriormente) lo real como una simple cosa cuantificable, el paralelo teoría-realidad obtuvo valor cualitativo, que puede parecer herejía. Cuando, hoy en día, un paradigma como «la velocidad de la luz no se puede superar» deja de ser una ley, mientras el movimiento de las galaxias desborda la imaginación y la aparición de fenómenos como los «hoyos negros» o los quasars están más allá del borde de la relatividad, el cambio de modelos que se requiere implica desde ya un extraño modo de pensar, una nueva filosofía.

Como era de esperar, al proseguir su pesquisa del conocimiento, Sábato cambió de modelo, para atisbar una realidad alucinante regida por leyes heréticas al pensamiento positivista. Así sucumbió su utópica exigencia de encontrar su absoluto en el universo abstracto de ia razón, bajo la fuerza y presión del universo, real e irracional, que irrumpía de su interior. Bajó de la torre.

> ... porque el mundo no sólo estaba fuera, sino en lo más recóndito de su corazón, en sus vísceras e intestinos, en sus excrementos. Y tarde o temprano aquel universo incorruptible concluía

> pareciéndole un triste simulacro, porque el mundo que para nosotros cuenta es éste de aquí: el único que nos hiere con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia, esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte... (A, 405).

En fin, parece que cualquier matemático que incide en cavilaciones que sobrepasan sus abstracciones se alejará inexorablemente de este universo platónico: «cualquier consecuente hombre de ciencia se negará a hacer consideraciones sobre lo que podría haber *más allá de la estructura matemática,* pues si lo hace se convertiría en religioso, metafísico o poeta» (EF, 65; HE, 39). De manera que, siguiendo el postulado dantesco de «seguir virtute e conoscenza», Ernesto Sábato fatalmente se convirtió en escritor, metafísico y aun místico.

Al dar esa vuelta completa de timón Sábato se encaminó hacia el conocimiento esotérico de una realidad radicada en lo mítico y lo inconsciente. El pone de manifiesto el dramatismo de la selección de un rumbo en una odisea mental, especialmente cuando lo que se persigue es escudriñar la naturaleza de la realidad o la existencia de las cosas visibles e invisibles en la vida y el destino del hombre. Y recalca que ésta es la última etapa de su vida intelectual y espiritual, el ambiente y razón de su acto creador.

> En esta vida única y limitada que tenemos, en cada instante nos vemos obligados a elegir un solo camino entre infinitos que se nos presentan. Elegir esa posibilidad es abandonar las otras a la nada. Esa posibilidad que ni siquiera sabemos hasta dónde nos ha de llevar, pues nuestra visión del futuro es precaria y sentimos el mismo desasosiego que el navegante que debe pasar entre escollos peligrosísimos en medio de la niebla o la oscuridad. Apenas si sabemos con certeza que más allá está la muerte, lo que precisamente hace más angustiosa nuestra elección: pues hace de ella algo único e irreversible. Elección, pues, que parece inventada por el demonio para atormentarnos, portada como presumimos de una casi segura frustración, el camino de la desilusión o el fracaso. Y, para mayor escarnio, por causa de nuestra propia voluntad (EF, 241).

Consciente de esta trágica condición de escribir por elección y de la responsabilidad que le incumbe, se plantea primero la tarea de averiguar la misión de la literatura y la encuentra en una oración sibilínica «despertar al hombre que viaja hacia el patíbulo» (EF, 90). Lamenta un poco el tiempo perdido en los campos de las ciencias, pero guarda lo viable de ellas, el método, la seria indagación. Sus tres

novelas son una investigación y, al concluir *Abaddón, el exterminador,* hubiera podido exclamar como Montaigne

> j'ay cecy selon la discipline, que jamais homme ne traicta subject qu'il entendist ne congneust mieux que je fay celuy que j'ay entrepris, et qu'en celuy-la je suis le plus sçavant homme qui vive! (12).

Gracias a las experiencias vitales tenidas en las etapas anteriores, como asimismo a un cuerpo sistemático de reflexiones hechas tras la recepción de señales de su subconsciente, el escritor Sábato se empeñó no sólo en describir el mundo caótico que lo rodeaba sino que se impuso programáticamente conocer la verdad total, alcanzar la *Gnosis,* ya que el conocer esotérico es la liberación, la salvación del dominio infernal. Y el hombre sufre no por el pecado sino por la ignorancia, la ceguera. «La ceguera es una metáfora de las tinieblas», declara Sábato (EF, 18), que los críticos y psicoanalistas habían explicado, pero no cesa de ser el motivo reiterado en sus dos novelas mayores. Podríamos agregar que esta metáfora fue usada por primera vez en las escrituras gnósticas (13) y este hecho no aparece desconectado si consideramos el programa literario de Ernesto Sábato:

> La tarea central de la novelística de hoy es la indagación del hombre, lo que equivale a decir que es la indagación del Mal. El hombre real existe desde la caída. El hombre no existe sin el Demonio: Dios no basta.
>
> La literatura no puede pretender la verdad total sin ese censo del Infierno. El orden vendrá luego (EF, 209).

Según los gnósticos el *mal* (kakía) era no sólo el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la mala suerte y cualquier daño, sino el origen mismo del mundo material, considerado a veces como el demonio demiurgo. La existencia de una *escatología* —como prefiere Sábato (14)— gnóstica ya fue señalada en cuanto al libro *Abaddón,* en un estudio de Salvador Bacarisse (15), pero Sábato habla del dominio del Diablo en casi todos sus escritos y, en *Sobre héroes y tumbas,* discurre cabalmente:

---

(12) En *Les Essais.*

(13) Nuestro conocimiento sobre éstas fue enriquecido por la traducción de los rollos encontrados en Nag Hammadi, en diciembre de 1945. Nos hemos servido de la traducción al inglés de la colección de estos textos en cóptico: *The Nag Hammadi Library,* in English, San Francisco, Harper and Row, 1977, 493 páginas.

(14) En SHT, p. 438.

(15) «Abaddón, el exterminador: Sábato's Gnostic Eschatology», publicado en la revista *Forum for Modern Studies,* vol. 15, St. Andrew's Scotland.

> Mi conclusión es obvia: sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta Sagrada de los Ciegos. Es tan claro todo que casi me pondría a reír si no me poseyera el pavor.

Que el Demonio, el Mal, reine en el mundo es una realidad incontestable para los gnósticos, y Sábato coincide con ellos en que la única salida del sufrimiento es el descubrimiento de la verdad acerca del lugar y del destino de la humanidad en el universo (16). Cualquier otra solución fuera de la *gnosis* es una ilusión.

Una ontofanía, una revelación de la realidad es todo lo que se necesita; y no sólo la realidad exterior sino también la interior, la irracional y subconsciente. Los gnósticos insisten en que el conocimiento de sí mismo es la clave para el entendimiento de las verdades universales. Sábato, claro está, nunca cesa de esforzarse por conocer a fondo esta realidad interior, se desplaza hacia el yo profundo, indaga su propio inconsciente. No puede admitir, por supuesto, las opiniones de los que relegan su obra a un ensayo de psicoanálisis, porque él rechaza el freudianismo (17). Opone a Freud siempre el pensamiento profundo de Carl-Gustav Jung y la psicología analítica de éste: lo inconsciente como «fantasmas que suben desde nuestros antros subterráneos», generador de obras artísticas que «materializan cierta inmortalidad, asegurada por antiguas leyendas, por hombres de la misma raza, por crepúsculos y amaneceres semejantes, por ojos y rostros que retornan, ancestralmente» (A, 128-9). Hay en esto el postulado junguiano del *inconsciente colectivo,* y no alguna memoria o tendencia reprimidas de un individuo que suele ser el inconsciente psicoanalítico.

Pero en donde más se acerca Sábato a Jung es en la reevaluación del mito y del sueño. El rescate y la reconsideración de estos dos elementos es quizá la característica principal del debate de Sábato en la ideología del arte:

> —Mirá lo que sucedió con el mito. Los tipos de la Enciclopedia se rieron: puro macaneo, pura mistificación. Y, de paso, ahí tenés la raíz de esa confusión actual: des-mistificación es lo mismo que desmitificación. Los hombres de ciencia se morían de risa. Vos no has conocido a esa gente como yo, que he trabajado al lado de premios Nobel, en grandes centros de investigación...
>
> Para el pensamiento ilustrado el hombre progresaba a medida que se alejaba del estado mito-poético... Pasó lo que tenía que pasar: expulsado por el pensamiento el mito se refugió en el arte,

(16) En Pagels, Elaine: *The Gnostic Gospels*, New York, Random House, 1979, p. 144.

(17) Aludiendo a la posición positivista de Freud, Sábato rechaza en varias partes de su novela *Abaddón, el exterminador* las interpretaciones psicoanalíticas de las obras literarias *(Hamlet* y *Romeo y Julieta,* entre otras).

> que así resultó una profanación del mito, pero al mismo tiempo una reivindicación. Lo que prueba dos cosas: primero, que es imbatible, que es una necesidad profunda del hombre. Segundo, que el arte nos salvará de la alienación total, de esa segregación brutal del pensamiento mágico y del pensamiento lógico. El hombre es todo a la vez. Por eso la novela, que tiene un pie en cada lado, es quizá la actividad que mejor puede expresar al ser total (A, 219-220).

El mito se vuelve un elemento básico del pensamiento moderno, pero, por eso mismo, se convierte también en factor cognoscitivo; la Verdad, en la concepción gnóstica, viene vestida de mitos y símbolos: «La Verdad no acude al mundo desnuda, sino que viene en tipos e imágenes. Uno no puede recibir la Verdad de otra manera», declara el evangelio gnóstico de Felipe (18).

Mas «El conocimiento de la Verdad es el acontecimiento de este siglo, no los viajes a la Luna, como piensan los giles» (A, 378), proclama Sábato.

En tanto, al conocimiento de esta Verdad inmanente, y en estrecha relación con el mito y la literatura, está el sueño; Sábato lo había enfatizado al hacer la ecuación del arte: «como el sueño y el mito es una ontofanía» (A, 197), puesto que «las ficciones tienen mucho de los sueños... el escritor sueña por la comunidad. Una especie de sueño colectivo» (A, 180).

Hasta aquí los motivos y temas, las etapas y experimentos vitales, así como los elementos constitutivos, aunque no reguladores, de sus reflexiones sobre el arte de novelar. De su odisea intelectual y de las situaciones espirituales y emotivas que lo llevaron, titubeante, a buscar una visión sistematizada del caos universal, surgió su mundo de símbolos y mitologías proteimorfas que rendirían la gran Verdad, apocalíptica e inescapable, a la que llegó por la vía de la gnosis.

II

El censo del infierno es la tarea manifiesta de la literatura en la concepción de Ernesto Sábato, y sólo al cumplirla podrá alcanzar la Verdad. Aunque parezca una hipérbole o una tendencia a exagerar, el novelista cree con firmeza en esta increíble posibilidad y no para obtener un mayor efecto literario —ya que le provoca un vómito «la sólo vista de unos de esos *cocktails* de artistas que hablan de la muerte mientras se disputan un premio municipal» (A, 445)—, sino para

(18) En *The Nag Hammadi Library (op. cit.)*, p. 140, y comentario en *The Gnostic Gospels (op. cit.)*, p. 133.

realizar algo trascendente, «útil», sacudir y despertar al hombre que sube al patíbulo de su destino.

Armado con el lema de Nietzsche: «Toda conquista, todo paso adelante, en la senda del conocimiento, es fruto de un acto de valor, de dureza contra sí mismo, de propia depuración» (H, 144), Sábato acomete primero, dentro del problema de la realidad —a veces se plantea retóricamente si no hay «muchas»— la cuestión del Mal al nivel cósmico. Su enfoque es más bien un desafío a las fuerzas cósmicas. Ya desde niño, nos asegura Sábato, había elaborado varias teorías en torno al dominio de este mundo, ante su experimento con el hormiguero, y parece haber quedado convencido de la posibilidad de que «Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso» (SHT, 438). Vuelve a insistir y a precisar, años más tarde, que esa hipótesis del Demonio triunfante fue convicción milenaria de «hombres intrépidos y lúcidos» que habían enfrentado la muerte y la tortura por haber develado el gran secreto:

> ... Una vez derrotado Dios, Satanás hace circular la versión de que el derrotado es el Diablo. Y así termina de desprestigiarlo, como responsable de este mundo espantoso. Las teodiceas que luego inventan esos teólogos desesperados son acrobacias para demostrar lo imposible: que un buen Dios pueda permitir que haya campos de concentración donde muera gente como Edith Stein, niños mutilados en Vietnam, inocentes convertidos en monstruos por la bomba de Hiroshima. Todo eso es un siniestro macaneo. Lo cierto, lo indudable, es que el Mal domina la tierra. Claro, no todo el mundo puede ser engañado, siempre hay hombres que sospechan. Y así, durante dos mil años. han enfrentado la tortura y la muerte por atreverse a decir la verdad...
>
> ... Según los gnósticos, el mundo sensible fue creado por un demonio llamado Jehová. ... Dios... al fin envía al Hijo para que temporariamente habite el cuerpo de un judío. De ese modo se propone liberar al mundo de las falaces enseñanzas de Moisés, ese profeta de Jehová, es decir del demonio...

Retenemos, además de la idea de que Dios no es la misma persona con el Creador, que hay personas iniciadas que tratan de desenmascarar el terrible secreto, Sábato pone a unos de sus personajes, cierto profesor Alberto J. Gandulfo, a explicar y argumentar toda la cosmogonía y las creencias gnósticas a lo largo de varias páginas (A, 363-377).

Prosiguiendo su pesquisa por la suprema etapa del conocimiento, la gnosis, el novelista presenta primero el martirio de varios amigos —entre ellos el de Oscar Domínguez—, así como de un personaje

principal de su novela *Sobre héroes y tumbas,* Fernando Vidal Olmos, pero en su último libro es él mismo quien experimenta esta vía de iniciación. La ansiedad neurótica del *Informe sobre ciegos* (SHT, 427-583) existe también en *Abaddón, el exterminador,* sólo que el protagonista convertido en paranoico. F. Vidal Olmos, es ahora un enfermo con la fobia de la ceguera y de todo ciego en general.

La falta de gnosis es la oscuridad, es *hamartia,* el pecado, enseñan varias sectas gnósticas, y cualquiera que anda en ese pecado y sigue las órdenes del demonio es un ciego. Sábato discurre largamente (SHT) sobre ciegos de nacimiento, ciegos que han perdido la vista por accidente (de segunda categoría, ante el demonio), de la red conspirativa de éstos, que él llama la *Secta de los Ciegos,* así como sobre las jerarquías y los lugares siniestros que componen esta organización ominosa. Los paisajes infernales, las pruebas diabólicas y la serie de eventos espantosos (en SHT) no aterran tanto como la descripción de las ciegas, retratos de horror telúrico que únicamente Salvador Dalí supo plasmar en su alucinante cuadro titulado *Santa Lucía.*

Al tratar de penetrar la secreta Secta de los Ciegos, Ernesto Sábato recurrió al inconsciente junguiano, transfiriendo en ello todas las asociaciones psíquicas fantásticas que poseían las ideas gnósticas y su símbolo de ceguera. Y para que esta asociación libre se efectúe, el autor usa mayormente el sueño, como medio principal en el conocimiento de la realidad. C.-G. Jung recalca (19) que los símbolos oníricos son manifestaciones de una psique que está más allá de lo consciente y así, por los sueños, las fuerzas instintivas influyen la actividad de la mente consciente. Esta biunivocidad crea una realidad palpable en las novelas de Sábato, dando toda la fuerza necesaria a la argumentación gnóstica. De modo que la novela escatológica *Abaddón* no es solamente la autobiografía de su autor —como bien lo subrayaba S. Bacarisse *(op. cit.)*—, sino también su autopsicografía. Las dimensiones e implicaciones de su apego a las doctrinas gnósticas, y en especial a la profesada por Valentinus, superan los límites de este ensayo. Cabe pasar revista, no obstante, aunque sea sucintamente, a los males que el dominio diabólico inventó en los últimos siglos de la historia humana: primero, el Iluminismo y el pensamiento ilustrado que trajeron el culto de la ciencia y la «alienación tecnológica» (A, 215). Para Sábato la crítica de la tecnolatría se extiende también a la del progreso —recordando a G. Sorel— y de la razón para que trata de eliminar lo inconsciente de la vida del hombre.

Una tercera dimensión humana ofrecían las doctrinas gnósticas, que

---

(19) En *El hombre y sus símbolos,* Barcelona, Biblioteca Universal Caralt, 1977.

completaba el binomio tradicional *mente-cuerpo,* y el escritor Ernesto Sábato adoptó este elemento importante en la configuración de la naturaleza del hombre y de su destino:

> ... los seres humanos son ajenos al espíritu puro, porque lo propio de esta desventurada raza es el alma, esa región desgarrada entre la carne corruptible y el espíritu puro, esa región intermedia en que sucede lo más grave de la existencia: el amor y el odio, el mito y la ficción, la esperanza y el sueño (A, 406; AR, 19).

El *alma,* por lo tanto, no sólo realiza la tridimensionalidad del ser humano —cosa extremadamente importante para un novelista auténtico— sino que explica el desprendimiento de la problemática debatida por Sábato tanto de los argumentos biológicos como de los abstractos; ya lo había declarado:

> ¿Qué es lo humano? No la carne pura, que es su fundamento zoológico; ni el espíritu puro, que es su aspiración divina. Lo humano, lo específicamente humano, lo dolorosamente humano, es el alma. ... la novela se hace en esa región desgarrada y tenebrosa que es el alma. Escribimos novelas porque tenemos alma, porque por esa inevitable encarnación somos duales e imperfectos.
>
> Un dios no escribiría novelas (EF, 181).

Situada entre lo mortal (la carne) y lo inmortal (el espíritu), entre lo relativo y lo absoluto, dominada por emociones corpóreas pero aspirando a la serenidad espiritual, el alma sufre angustiada sobre la tierra —materia para la literatura— bajo la tiranía de la suerte *(heimarmene),* para que después de la muerte trate de deslizarse por entre los jerarcas demoníacos para alcanzar a Dios. Queda al escritor aprehender *les raisons du coeur* de Pascal o los gestos tenebrosos del gran heresiarca Dostoievski, y Sábato sabe hacer uso magistralmente de los paradojal e insensato del alma de sus personajes.

Y si rudimentos de teosofía existían —aunque todavía no bien elucidados— en el gnosticismo, Ernesto Sábato, por razones de método investigativo, expone una convicción suya que le es útil para tramar sus novelas:

> Vuelvo al alma que viaja durante el sueño y puede ver cosas del futuro, ya que se libera del cuerpo, que es lo que en el hombre lo encadena en la prisión del espacio y del tiempo. Las pesadillas son las visiones de nuestro infierno. Y lo que todos logramos en el sueño, los místicos y los poetas lo alcanzan mediante el éxtasis y la imaginación. «Je dis qu'il faut être voyant, se faire VOYANT» (A, 342).

Es por intermedio del alma en pesadilla, del alma que sabe escurrirse entre los demonios y sus huestes, que Vidal Olmos y él, Sábato, penetran en el mundo subterráneo de lo inconsciente, en la organización secreta de los ciegos, se asoman a los abismos de la realidad esotérica y monstruosa, pero conocen la Verdad, alcanzan la Gnosis.

Ahora bien, lo que Sábato nos quiere divulgar son simplemente los «hechos», sin comentarios, e insiste que el mito expresa una realidad de la única manera en que tal realidad se puede expresar, y análogamente el sueño expresa una realidad en el irreductible lenguaje onírico, de la única manera en que esa realidad puede expresarse. La Verdad alcanzada por la Gnosis, por ende, no se puede explicar, sino que se expresa por el lenguaje mítico u onírico (cfr. A, 222-223). No se puede pasar del pensamiento mágico, artístico, al pensamiento racional, porque éste puede mistificar:

> Una doctrina de derecho puede ser una mistificación, puede ser el instrumento que usa una clase privilegiada para eternizarse legalmente. ¿Pero cómo puede ser una mistificación el Quijote? (A, 224).

Con el propósito de crear un arte profundo, no mistificador, Sábato usa exclusivamente su alma y los antros de su inconsciente, hasta la extrema situación de incorporarse a su novela

> ... como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que conviviera con sus propios desdoblamientos. Pero no por espíritu acrobático, Dios me libre, sino para ver si así podemos penetrar más en ese gran misterio (A, 276).

Mas, al proceder así, Sábato reconoce los dos tipos de dualismo gnóstico: la antítesis Luz-Oscuridad, realidad conflictual a la que viene aludiendo en todos sus escritos, con la variante Izquierda-Derecha, y la dualidad hombre-demonios (mejor dicho por el griego *daimones).* Si bien la primera especulación, irania, proviene de la doctrina zoroastriana de los dos principios opuestos, siempre en pugna, tales como

Luz	Oscuridad
ciencia	imaginación
razón	inconsciencia
derecha	izquierda
divino	demoníaco
lógico	ilógico
objetivo	subjetivo

la verdad es que los personajes sabatianos no se adhieren claramente a uno u otro lado. Sábato, en el fondo recomienda la consideración de los dos lados:

> —El hombre es un ser dual —dijo Sábato—. Trágicamente dual. Y lo grave, lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro. Los filósofos de la Ilustración sacaron la inconciencia a patadas por la puerta. Y se les metió de vuelta por la ventana. Esas potencias son invencibles (A, 285).

El segundo tipo de dualismo gnóstico, más simbólico, involucra la trágica pugna del hombre con sus propos daimones. Esa especulación de Valentinus infiere que el acto humano de conocimiento espiritual (pneumatikos) o del alma (psyckhe) vuelca la acción precósmica de los daimones, la gnosis resultando un acto de ser. Para Sábato resulta la última realidad:

> ... Lo real no eran los paraguas, la lucha de clase, la albañilería, ni siquiera la Cordillera de los Andes. Todo eso eran formas de la fantasía, ilusiones de delirantes mediocres. Lo único real era la relación entre los hombres y sus dioses, entre el hombre y sus demonios. Lo verdadero era siempre simbólico, y el realismo de la poesía era lo único valedero, aunque fuese ambiguo o por eso mismo: las relaciones entre los hombres y los dioses eran siempre equívocas (A, 273).

En este instante, después de haber pasado por el conocimento somático, biológico y social, tras una ardua subida hasta los conocimientos pneumáticos, de la razón matemática y científica, Sábato se decide bajar hasta los fondos de su psique, a los antros de lo irracional, a la realidad suprema. Pero, para alcanzar la Gnosis, se necesita un ritual de iniciación.

Un extraño aposento, sellado hace dos mil años, se abrió bajo los golpes de los excavadores cuando, a mediados de este siglo, sacaban los cimientos de la antigua estación de ferrocarriles de Constanza, la antigua Tomis romana. Adentro, en la oscuridad, esperaban una docena de estatuas de mármol blanco, perfectamente conservadas como en una caja de tesoros: dioses y diosas de la mitología grecorromana, al tamaño del hombre según la tradición helenística. Y, en medio de ellas, la obra maestra de aquel prodigio: una misteriosa criatura, de tamaño reducido, sin par en los descubrimientos arqueológicos de esta civilización.

Era una serpiente, erigida en espiral, con la cabeza de una joven mujer. Se le notaba la delicadeza en la ejecución, se sentía casi, al

sólo mirar, lo sedoso de sus largas crines, mientras sus ojos parecían hipnotizar. No tenían nada frío esos ojos ofídicos verticales, tampoco era la mirada de una gorgona. Era la luz opaca que hace caer las aves de sus nidos.

Pero, para los investigadores, era la prueba cabal de la existencia del gnosticismo en las orillas de Ponto Euxino, probablemente en los días de exilio de Ovidio por aquellos páramos.

Era, seguramente, Sofía, la antigua Gnosis, la madre de todos los seres que ella engendró de su propio sufrimiento (20). Las ondulaciones del cuerpo son el símbolo de la sabiduría de las profundidades y de los grandes misterios (21). Una secta gnóstica cristiana adoraba la serpiente, más tarde, como a la gnosis redentora (22). La psique es femenina en griego, pero la unión con Gnosis era asexual. En *La exégesis del alma* (23) ella espera en el aposento de novios, donde se concebirá el primer dios, *Anthropos*.

Un mito tan raro y complejo, jamás encontrado hasta ahora en las bellas letras, se impuso a la mente creadora de Sábato. Y como los personajes «salen de la persona integral de su creador» (EF, 200) era natural que Sábato moldeara este mito encarnado en personaje según su ideología y sus exigencias, de modo que la mujer-serpiente de los gnósticos (24) surgió en el pandemonio de *Abaddón, el exterminador* como una singular y trascendental figura, casi en las mismas condiciones, ubicación y ambiente que la misteriosa estatua de Constanza.

El carácter gnóstico al que tiende la novela *Abaddón, el exterminador,* esencialmente psico-biográfica, le impone al autor-personaje en busca del conocimiento supremo una *katábasis*, un descenso al vasto subsuelo de los misterios metafísicos. «Soy un investigador del Mal, ¿y cómo podría investigarse el Mal sin hundirse hasta el cuello en la basura?» (SHT, 477), decía Fernando Vidal Olmos, que hizo un descenso con consecuencias fatales. Esta vez Sábato logra no uno, sino dos descensos a los laberintos secretos. La significación paradigmática de la repetición (él no reconoce un «retorno») constituye un dechado en sí, ya que dos amigos, el español Domínguez y el rumano Brauner, así como escritores como Lautréamont, Rimbaud o Strindberg habían fallado en salir del reino demoníaco.

---

(20) En *The Gnostic Gospels (op. cit.)*, p. 124.

(21) Cf. Cirlot, J. E.: *A Dictionary of Symbols*. Translated from the Spanish by Jack Sage. New York, Philosophical Library, 1962.

(22) «Los ofitas», véase *The Gnostic Gospels (op. cit.)*.

(23) Uno de los textos de *The Nag Hammadi Library (op. cit.)*, p. 183.

(24) Véase el capítulo sobre los gnósticos de Hans Jonas en *The Encyclopedia of Philosophy*, editada por Paul Edwards, vol. III, New York, Macmillan, 1967, pp. 336-342.

La primera katábasis, que es un ritual de iniciación en el reino de las tinieblas, ocurre en 1927, y la segunda en 1972, cuarenta y cinco años de distancia. Sin entrar en problemas de numerología o de otras periodizaciones, señalemos otros dos momentos que poseen una significación rigurosa en la serie de eventos psíquicos del autor:

1.° La aporía en aquel momento que Dante llamó «nel mezzo del camin di nostra vita». Sábato lo expone así:

> ... en aquel invierno de 1938 nada me era evidente. Mi período del Laboratorio coincidió con esa mitad del camino de nuestra vida en que según ciertos ocultistas se suele invertir el sentido de la existencia. Pasó con gente ilustre... Sin saberlo, estaba virando yo de la parte iluminada de la existencia a la parte oscura (A, 339).

2.° Una curiosa metamorfosis durante la cual Sábato nota horrorizado cómo su cuerpo se transforma en un murciélago (A, 498-500), animal que, para él, pertenece al bestiario infernal de los subterráneos. Lo interesante fue que la gente no notó el cambio, lo cual le permite «tratar de vivir de cualquier manera, guardando su secreto, aun en condiciones tan horrendas. Porque el deseo de vivir es así: incondicional e insaciable». De esta manera desaparece en el escenario de la novela el personaje Sábato. Y, en las últimas páginas se descubre su tumba con un breve epitafio: PAZ.

Dado que estos dos momentos tienen sólo valor tangencial al camino hacia la Gnosis, rebasan los límites de nuestro ensayo, quedando, junto con otra reserva de elementos autónomos de la novela, como material para un mayor estudio de la obra de Ernesto Sábato.

El período cumbre de la búsqueda del conocimiento es, sin duda alguna, el viaje de Sábato por el laberinto de túneles secretos de Buenos Aires (A, 466-470) que le permite entrar en contacto, por medio de una visión onírica, con la extraña mujer-serpiente. El mundo subterráneo y las realidades que en él divisa forman, en efecto, un programa de iniciación mítica.

1.° Se entra por el portal de una antigua casa en la calle Arcos, del barrio de Belgrano (en SHT se entraba en una casa de una placita que está en Echeverría y Obligado, del mismo barrio). Primero se sube por una vieja escalera que «cruje», único ruido, ya que no se oye el menor indicio de gente. La única puerta no está cerrada y detrás de ella comienza la bajada. Naturalmente, hay dos tapas de sótanos, paredes húmedas y un verdadero bestiario de las tinieblas en que abundan las ratas y los murciélagos. Las descripciones tienen los tonos cro-

máticos de los *aquelarres* de Goya y las distorsiones de Dalí. Este mundo prohibido es el universo de los Ciegos, y Sábato introduce muy pocas alteraciones en las tres ocasiones que lo describe.

2.º La mujer que guía a Sábato, con una lámpara de kerosén, por el laberinto se llama *Soledad,* y el novelista la describe así:

> ... Soledad parecía la confirmación de esa antigua doctrina de la onomástica, pues su nombre correspondía con exactitud a lo que era: hermética y solitaria, parecía guardar el secreto de una de esas Sectas poderosas y sangrientas, cuya divulgación se castiga con el suplicio y la muerte. Su violencia interior estaba como mantenida bajo presión en una caldera. Pero una caldera alimentada por un fuego helado. Le aclaró, ella misma era un oximoron, no el precario lenguaje con que podía describírsela. Más que sus indispensables palabras (o sus gritos sexuales), sus silencios sugerían hechos que no correspondían a los que habitualmente se llaman «cosas de la vida», sino a esa otra clase de verdades que rigen las pesadillas. Era un ser nocturno, un habitante de cuevas, y tenía la misma mirada paralizante y la misma sensualidad de las serpientes (A, 464).

Más tarde el autor apunta:

Debajo de su túnica, S(ábato) entreveía su cuerpo de mujer serpiente.

3.º Llegados al final del túnel, Sábato y su guía entran en «una caverna más o menos del tamaño de un cuarto, aunque muy torpemente construido, con paredes de grandes ladrillos coloniales..., sobre uno de los muros había un farol de los que se usaban en la época del virrey Vértiz, que proporcionaba aquella mortecina iluminación». De pronto aparece un jerarca de las tinieblas: R. A este *R.* Sábato tuvo la ocasión de describirle anteriormente:

> Era como una divinidad terrible, a quien debía hacerse sacrificios. Era insaciable, siempre acechándonos desde las tinieblas (A, 272).

Si el telúrico personaje Soledad es la adaptación sabatiana de Sofía, con añadidura de Samael, el dios ciego de las cosmogonías gnósticas, *R.* es la representación del Demonio, y el mismo hecho de nombrarlo por una letra inicial recuerda la tradicional prohibición de vocabulario de los gnósticos.

Sábato añade ciertas teocracias y bestiarios de menos importancia.

4.º R. hace finalmente la *revelación* y merece reproducirla enteramente:

—Estamos bajo la cripta de la iglesia de Belgrano. ¿La conocés? Esa iglesia redonda. La iglesia de la Inmaculada Concepción —agregó con tono irónico. Después... dijo:

—Te diré que también éste es uno de los nudos del universo de los Ciegos.

Al cabo de un silencio añadió:

—Este será el centro de tu realidad desde ahora en adelante. Todo lo que hagas o deshagas te volverá a conducir hasta aquí. Y cuando no vuelvas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber.

5.º Comienza en seguida el ritual de iniciación a la gnosis. Soledad se desnuda y se ofrece, abriendo sus piernas, a Sábato. «S(ábato) sintió que allí estaba en ese momento el centro del Universo.» Pero R., tomando el farol, le ordena:

—Ahora mirá lo que tenés que ver.

Y al decir esto ilumina el vientre de Soledad. Sábato ve, «con horrenda fascinación», que en lugar del sexo, Soledad tiene «un enorme ojo grisverdoso» que lo observa «con sombría expectativa, con dura ansiedad». Ahora bien, el *ojo heterotópico* es el símbolo consuetudinario de la visión parapsíquica, de la clarividencia, pero a la vez está ligado con la idea de destrucción (cfr. el Cíclope o la diosa Shiva) o la descomposición. En efecto, en el simulacro de unión sexual, impuesta por el poder demoníaco, este ojo revienta:

> Y mientras sentía que aquel frígido líquido (del gran ojo) se derramaba, él comenzaba su entrada en otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera.

6.º Si después de este rito de iniciación no se nos describe el desenlace, en cambio la segunda katábasis termina con la huida de los infiernos, con el difícil ascenso y su desesperada lucha por pasar «la barrera de inmundicias y ratas (que) era lo último que lo separaba de la luz». Sólo que, a pesar de haberse escapado prácticamente ileso (a Fernando Vidal Olmos le había sacado los ojos un pájaro ciego), Sábato vuelve entre la gente como un fantasma. Y al entrar en su casa, delante de su mesa de trabajo, encuentra a... Sábato sentado. «Soy yo», le explica, y luego rectifica «Soy vos», pero el otro Sábato

no le nota. Y se produjo el trágico desdoblamiento, ya la psique está separada del cuerpo:

> Los dos estaban solos, separados del mundo. Y, para colmo, separados entre ellos mismos.

Había perpetrado su *hybris*. Las dos dimensiones humanas comienzan a llorar en silencio.

Dios habla principalmente por medio de sueños y visiones, nos recuerda Carl-Gustav Jung, y agrega que es inconcebible cómo los pensadores y los religiosos siguen ignorando su inconsciente cuando, desde el principio del siglo, «el inconsciente es un concepto básico que es indispensable para toda investigación psicológica seria» (25).

En su legítima aspiración de explorar el alma, los fondos de la psique, Ernesto Sábato legaliza el análisis junguiano de los sueños: «Jung existe gracias a esta clase de sueños» (A. 211). Es obvio el concepto de Jung en las enseñanzas del gran novelista:

> —Al desprenderse el alma del cuerpo se desprende de las categorías del espacio y del tiempo, que rigen sólo para la materia, y puede observar un puro presente. Si esto es cierto, los sueños no sólo darían rastros significativos del pasado, sino visiones o símbolos del futuro. Visiones no siempre claras. Casi nunca unívocas o literales (A, 159).

Palabras admirables que restablecería la misión de profeta, de vate, para los poetas. No podemos, por tanto, ignorar las tres visiones apocalípticas del Loco, el análisis de Sábato que sacrifica su ser para demostrar el reino del Mal, o las siniestras profetizaciones sobre la Quinta Ronda (A, 335) que anuncian el «fin de una civilización materialista», y la venida del Quinto Angel, «Abaddón o Apollyón, el Angel Bello o Satanás» (A, 458), que va a destapar el hoyo sin fondo: Dios, El Exterminador, anunciado por San Juan (26).

Si este escritor «buscaverdades» gastó tanta tinta y vida en legar tal tremenda novela, conviene detenernos un poco en su cavilación: *la renovación por la destrucción* (A. 336), que, aunque parezca un tanto anarquista, es la memoria de la humanidad, la fe —como lo explica Mircea Eliada (27)—, en un nuevo comienzo cosmogónico, que restablezca el orden divino.

---

(25) C. G. Jung: *Op. cit.*, p. 100.

(26) Apocalipsis 9:11: «et habebam super se regem angelum abyssi cui nomen hebraice Abaddon, graece autem Apollyon, latine habens nomen Exterminans.

(27) Eliade, Mircea: *Myth and Reality,* New York, Harper Colophon Books, 1975.

El concepto trágico que domina actualmente la literatura y las las mentes, decía Sábato en un ensayo, la pérdida de «la ilusión de ser eterno», explica por qué los temas centrales de los libros de hoy sean «a menudo la angustia, la soledad, la incomunicación, la locura y el suicidio» (HE, 86); en suma, el Mal. Y agrega: «El Universo, visto así, es un universo infernal, porque vivir sin creer en algo es como ejecutar el acto sexual sin amor.»

Su optimismo se funda en la fe en el «instinto» humano:

> ... no preguntar cómo es posible que se luche cuando el mundo parece no tener sentido y cuando la muerte parece ser el fin total de la vida; sino, al revés, sospechar que el mundo *debe de tener un sentido*, puesto que luchamos, puesto que a pesar de toda la sinrazón seguimos actuando y viviendo, construyendo puentes y obras de arte, organizando tareas para muchas generaciones posteriores a nuestra muerte, meramente viviendo (HE, 87).

PAUL TEODORESCU

7 John Circle, 4
Salinas
California 93905 (USA)